

EN PUNTO

EL ETERNO TRIANGULO EUROPEO

A la sombra de los Estados Unidos



Lo que se sabe de la entrevista Kiesinger-De Gaulle —una visita regular, prevista por los ya viejos acuerdos franco-alemanes— deja aparecer una serie de puntos de desacuerdo, bien enmascarados por una correcta diplomacia. Sucede cuando en el comité de la Unión Europea Occidental, celebrado en Londres, sirve de base esencial para conversaciones entre los ministros de Asuntos Exteriores de Alemania Federal y Gran Bretaña para forzar la entrada británica en el Mercado Común contra la voluntad francesa, y esta coincidencia sirve especialmente para mostrar el carácter triangular de la oposición europea actual: Francia-Gran Bretaña-Alemania. De una manera perfectamente clara, Gran Bretaña está efectuando un «renversement des alliances» en su política europea, y que la vieja entente cordial que la mantuvo durante largos años aproximada a Francia para enfrentarse a Alemania está caducando. Gran Bretaña, a pesar de ciertas actitudes histórico-sentimentales de una parte de su opinión pública, busca la alianza con Alemania Federal. Esta circunstancia coincide con la situación

pletórica de la economía alemana y con las pretensiones de Bonn de ejercer una política de superioridad en el contexto europeo, puestas de manifiesto en una serie de maniobras políticas, diplomáticas y económicas iniciadas en el último tercio del año pasado. Coinciden también con una situación creciente de debilidad en el interior de Francia, reflejada en la huelga general del martes 11 de marzo, y en la continua degradación de su economía. Healey, ministro de Defensa de la Gran Bretaña, ha elaborado un plan para la construcción de un avión de combate en colaboración con Alemania Federal, mientras existen otros planes conjuntos —con la colaboración de países europeos— de relaciones industriales. La realización de esta nueva alianza contribuirá, si se desarrolla, a un aislamiento francés. La carta que juega De Gaulle en esta circunstancia es la de los Estados Unidos. Quien espere lógica de la política se asombrará de que si De Gaulle inició su desafío contra Gran Bretaña sobre la base de que estaba demasiado sometida al imperio america-

no, sea ahora el quien se vuelva hacia ese imperio para pedir sostén. El deterioramiento y el cuidado de Nixon en la etapa francesa de su viaje muestran que los Estados Unidos no son insensibles a esta situación. En el diálogo franco-germano se ha advertido que el principal punto de desacuerdo está en las relaciones con el Este europeo. No es preciso abondar mucho en esa frase para saber que el desacuerdo reside en que Alemania Federal es reticente, mientras que Francia es abierta para las relaciones con la U. R. S. S. En el momento en que los Estados Unidos buscan de una manera casi obsesiva

la relación nueva con la U. R. S. S., encuentran que el único país de su alianza europea que favorece esta relación —a condición de entrar en ella— es Francia, mientras los demás —especialmente, Alemania Federal; secundariamente, Gran Bretaña— tratan de poner obstáculos. Se pudo ver ya en la reunión de la OTAN, en Bruselas, en noviembre pasado, que en el mismo momento en que Alemania Federal alzaba su voz, Francia comenzaba a deshelar sus relaciones con Estados Unidos. La tendencia ha continuado marcándose en estos últimos meses.

LA ESCALADA DE ORIENTE MEDIO

Egipto quiere vengar a Riad

«Que la muerte de Riad sea el combustible que mantenga encendida la llama de nuestro espíritu de venganza». Las palabras del ministro de la guerra de la R. A. U. fueron acogidas con entusiasmo por los manifestantes en las calles de El Cairo. Se dicen que eran quinientos mil. La muerte del general Abd El Moneim Riad, jefe del Estado Mayor del Ejército egipcio, en el duelo de artillería sobre el Canal de Suez, marca probablemente una etapa importante en el desarrollo de la crisis de Oriente Medio. Riad, formado en las academias militares de Gran Bretaña, Francia, Unión Soviética y Estados Unidos, era una figura de primera importancia en todo Oriente Medio, y estaba considerado no solamente como un militar brillante, sino como un político sereno y templado. Fue a él a quien se encomendó el primer contacto con los soviéticos tras la guerra perdida en la península del Sinaí, y regresó después a Moscú acompañando a Nasser. Se había centrado en Riad la organización general de las fuerzas egipcias. Se encargó de buscar los responsables de la derrota, de licenciar a los oficiales a los que podía culparse de ineptitud y de ignorancia —cerca de mil oficiales fueron separados de sus cargos— y de adaptar el ejército egipcio al combate. Riad había creado la expresión «defensa pre-

ventiva» que, probablemente, ha dado origen a la operación que le ha costado la vida. Aunque es prácticamente imposible calcular quién empezó los disparos —el general Bull, observador de las Naciones Unidas, sostiene que la iniciativa fue egipcia—, se sospecha que los egipcios, alarmados por una concentración rápida de fuerzas considerables en el territorio de Suez ocupado por los israelíes, concentración en la que aparecían algunas rampas de cohetes dirigidos, consideraron que un ataque era inminente y quisieron aplicar la táctica de la «defensa preventiva», a la que respondió con viveza el ejército israelí, y además de convivencia con una precisión de tiro que no excluye la premeditación. En El Cairo se sostiene, de todas formas, que fueron las baterías de Israel las que iniciaron el fuego. La escalada en las hostilidades no ha cesado desde que se estableció el débil alto el fuego al final de la breve guerra, y va creciendo cada vez más, mientras las negociaciones se hacen cada vez menos interesantes. El cañoneo de Suez, que además de destruir unas refinerías de petróleo ha matado al general Riad, dando un elevado punto emocional a la lucha, es una etapa superior en la escalada, y puede considerarse como de excepcional gravedad.

VIETNAM Y EL PROYECTO «CENTINELA»

Viene de la página anterior

dañada si se detuvieran las hostilidades en el Vietnam. Es una forma considerablemente grave. El centro esencial de las críticas se basa en que los cohetes antibalísticos (ABM) son, hasta ahora, relativamente inútiles. No se ha demostrado que puedan ser eficaces para contener un ataque enemigo. La crítica de orden moral que ha planteado el Comité de Relaciones Exteriores del Senado es que está en contradicción con el artículo VI del Tratado de «no proliferación», que acaba de ser ratificado por Estados Unidos. No tiene sentido —dice el Comité— ratificar un tratado en el que se insiste en que los poderes nucleares celebren conversaciones «de buena fe» para reducir su carrera atómica y, al mismo tiempo, llevar adelante un sistema que tendrá como efecto la aceleración de esa carrera de rearme. Nixon, al anunciar la continuación del proyecto, ha aludido a China como enemigo potencial para la década 1970-1980. Es fácil suponer que esa advertencia está hecha, sobre todo, para no perder el contacto de las negociaciones con la URSS, aunque puede imaginarse que el ABM estará perfectamente anticuado dentro de diez años. Al mismo tiempo, ha advertido que tendrá limitaciones. Es decir, que no estará destinado a la protección de las poblaciones civiles, que las grandes ciudades no podrán contar con su protección —excepto Washington, donde se encuentra al alto mando—, sino que debe proteger únicamente las instalaciones de cohetes ofensivos para completarlos. Es decir, para garantizar que si hubiese un ataque por sorpresa aún quedaría fuerza suficiente en el país para responder. Se trata de una solución de compromiso y, como todas las soluciones de compromiso, disgusta a las dos partes en presencia, a los amigos y a los enemigos del «Centinela». Nixon ha elegido la solución más barata —la

forma total del proyecto suponía un gasto de 50.000 millones de dólares—, la menos eficaz y, al mismo tiempo, esta solución ofrece los mismos riesgos de continuación de la escalada atómica que la otra. Al mismo tiempo, ha comenzado ya a desfigurarse su imagen. Veamos con qué rapidez el joven senador Kennedy, el último superviviente de la dinastía, que está preparándose lentamente para las elecciones de 1972 o de 1976, ha saltado sobre la decisión de Nixon. Ningún Kennedy ha dejado jamás pasar un error de alguien que suponga un obstáculo en su carrera. Edward M. Kennedy ha marcado su oposición en forma de libro, un libro que se publicará a fin de mes y que ya se conoce con el nombre de «Kennedy report», en el que se sitúa en la posición absolutamente contraria a Nixon. Esto es, Kennedy sostiene que el ABM perjudica la seguridad nacional en lugar de favorecerla. Ha trabajado con ayuda de científicos y matemáticos.

Las dudas, los retrasos, las dilataciones de Nixon en este tema muestran cuáles han sido sus dudas antes de lanzarlo. Su instinto político le señala el error, la contradicción consigo mismo. Pero probablemente no está en sus manos evitarlo.

Indudablemente, uno de los efectos, si no el principal, de la ofensiva del Vietcong es el de situar a Nixon ante el dilema que antes queda señalado, y probar hasta qué punto se distorsiona también en este tema primordial su imagen electoral. Hasta ahora, el Presidente ha podido mantenerse en un cierto inmovilismo, en una comúnmente aplaudida posición de estudio de los problemas. Pero ese ritmo propio no corresponde con el de los acontecimientos. Ante el recrudescimiento de las hostilidades en el Vietnam, el crecimiento de la tensión en Oriente Medio y las presiones interiores, Nixon necesita realizar una serie de actos que le definan, y no tiene más que dos opciones: o el apaciguamiento o la actitud de fuerza.